

El establecimiento de los bárbaros
(siglos V-VII)

El Occidente medieval nació de las ruinas del mundo romano. En ellas encontró un apoyo y un obstáculo a la vez. Roma fue su alimento y su parálisis.

La historia romana, establecida por Rómulo bajo el signo del aislamiento, no es más que la historia de una grandiosa clausura, incluso en sus mayores éxitos. La ciudad reúne en torno a ella un espacio dilatado por las conquistas hasta un perímetro óptimo de defensa que ella misma se propone en el siglo I encerrar tras los *limes*, verdadera muralla china del mundo occidental. Dentro de esa muralla Roma explota sin crear: ninguna innovación técnica desde la época helenística, una economía nutrida por el pillaje donde las guerras victoriosas proporcionan la mano de obra servil y los metales preciosos arrancados de los bienes atesorados de Oriente. Sobresale, eso sí, en las artes conservadoras: la guerra, siempre defensiva pese a las apariencias de la conquista; el derecho, que se construye sobre el andamiaje de los precedentes y previene contra las innovaciones; el sentido del Estado que garantiza la estabilidad de las instituciones; la arquitectura, arte por excelencia del hábitat. Esta obra maestra de permanencia, de integraciones, que fue la civilización romana se vio atacada en la segunda mitad del siglo II por la erosión de fuerzas de destrucción y de renovación.

La gran crisis del siglo III socava el edificio. La unidad del mundo romano se esfuma: el corazón, Roma e Italia, se anquilosa, ya no riega los miembros que intentan vivir su propia vida: las provincias se emancipan y después se convierten en conquistadoras. Españoles, galos y orientales invaden el senado. Los emperadores Trajano y Adriano son españoles y Antonino, de ascendencia gala; bajo la dinastía de los Severos, los emperadores son africanos y las emperatrices sirias. El edicto de Caracalla concede en el 212 el derecho de ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio. Tanto este ascenso provincial como el éxito de la romanización muestran el ascenso de fuerzas centrífugas. El Occidente medieval será el heredero de esta lucha: ¿unidad o diversidad?, ¿cristiandad o naciones?

La fundación de Constantinopla, la nueva Roma, por Constantino (324-330) materializa la inclinación del mundo romano hacia Oriente. Este desacuerdo dejará su impronta en el mundo medieval: en adelante, los esfuerzos de unión entre Occidente y Oriente no podrán resistir una evolución divergente. El cisma se halla enquistado en las realidades del siglo IV. Bizancio será la continuación de Roma y, bajo las apariencias de la prosperidad y del prestigio, continuará tras sus murallas la agonía romana hasta 1453. Occidente, empobrecido, en manos de los «bárbaros», deberá rehacer las etapas de un florecimiento que le abrirá, a finales de la Edad Media, los caminos del mundo entero.

La fortaleza romana de donde partían las legiones a la captura de prisioneros y de botín se halla ahora asediada y muy pronto asaltada. La última gran guerra victoriosa data de los tiempos de Trajano, y el oro de los dacios después del 107 es el último gran alimento de la prosperidad romana. Al agotamiento exterior se añade el estancamiento interno y, sobre todo, la crisis demográfica que hace más aguda la penuria de la mano de obra servil. En el siglo II Marco Aurelio contiene el asalto bárbaro sobre el Danubio donde muere en el 180, y el siglo III es testigo de un asalto general a las fronteras de los *limes* que se calma no tanto por los éxitos militares de los emperadores ilirios a finales del siglo y de sus sucesores, como por el apaciguamiento que supuso la aceptación como federados, aliados, de los bárbaros, admitidos en el ejército o en los límites interiores del Imperio: primeros esbozos de una fusión que caracterizará a la Edad Media.

Los emperadores creen poder conjurar el destino abandonando los dioses tutelares, que han fracasado, por el Dios nuevo de los cristianos. La renovación constantiniana da la impresión de ratificar todas las esperanzas: bajo la égida de Cristo parece que la prosperidad y la paz quieren reaparecer. Pero sólo se trata de un corto respiro. El cristianismo es un falso aliado de Roma.

Las estructuras romanas no son para la Iglesia más que un marco donde tomar forma, una base donde apoyarse, un instrumento para afianzarse. El cristianismo, religión con vocación universal, duda antes de encerrarse en los límites de una civilización determinada. Sin lugar a dudas, él será el principal agente de la transmisión de la cultura romana al Occidente medieval. Pero junto a esta religión cerrada la Edad Media occidental descubrirá también una religión abierta y el diálogo de esos dos rostros del cristianismo dominará esta edad intermedia.

Economía cerrada o economía abierta, mundo rural o mundo urbano, fortaleza única o mansiones diversas: el Occidente medieval empleará diez siglos en resolver estas alternativas.

* * *

Si se puede detectar en la crisis del mundo romano del siglo III el comienzo de la conmoción de la que nacerá el Occidente medieval, es perfectamente válido considerar las invasiones bárbaras del siglo V como el acontecimiento que desencadena las transformaciones, les da un cariz catastrófico y modifica profundamente su aspecto.

Las invasiones germánicas en el siglo V no son una novedad para el mundo romano. Sin remontarse a los cimbrós y a los teutones vencidos por Mario a comienzos del siglo II antes de Cristo, hay que tener en cuenta que desde el reinado de Marco Aurelio (161-180) la amenaza germánica se cierne permanentemente sobre el Imperio. Las invasiones bárbaras son uno de los elementos esenciales de la crisis del siglo III. Los emperadores galos e ilirios de finales del siglo III alejaron durante un tiempo el peligro. Pero —para ceñirnos a la parte occidental del Imperio— la gran incursión de los alamanes, de los francos y de otros pueblos germánicos que el año 276 devastan la Galia, España e Italia del norte, presagia la gran avalancha del siglo V. Deja las llagas sin cicatrizar —campos devastados, ciudades en ruina—, acelera la evolución económica —decadencia de la agricultura, repliegue urbano—, la regresión demográfica y las transformaciones sociales: los labriegos se ven obligados a buscar el amparo cada vez más pesado de los grandes propietarios que se convierten de este modo en jefes de bandas militares y la situación del colono se parece cada vez más a la del esclavo. Y a veces la miseria campesina se transforma en levantamiento: circunceliones africanos, bagaudas galos y españoles cuya revuelta se hace endémica en los siglos IV y V.

En Oriente aparecen igualmente bárbaros que seguirán su camino y que desempeñarán en Occidente un papel capital: los godos. En el 269 el empe-

rador Claudio II logra detenerlos en Nisch, pero ocupan la Dacia y su espectacular victoria de Andrinópolis contra el emperador Graciano el 9 de agosto del 378, si no fue el acontecimiento decisivo descrito con pánico por tantos historiadores «romanófilos» —«Podríamos detenernos aquí, escribe Victor Duruy, porque de Roma no queda nada: creencias, instituciones, curias, organización militar, artes, literatura, todo ha desaparecido»—, no deja de ser el trueno que anuncia la tormenta que terminará por sumergir al Occidente romano.

Poco importan las causas de las invasiones. La explosión demográfica, la codicia hacia territorios más ricos invocadas por Jordanès quizá no hayan tenido lugar más que como consecuencia de un impulso inicial que bien podría haber sido un cambio de clima, un enfriamiento que, desde Siberia a Escandinavia, habría reducido los terrenos de cultivo y de crianza de los pueblos bárbaros y, empujándose unos a otros, les habría puesto en marcha hacia el sur y el oeste hasta las Finisterre occidentales: la Bretaña, que se convertiría en Inglaterra, la Galia, que sería después Francia, España de la que sólo el sur tomaría el nombre de los vándalos (Andalucía) e Italia que sólo en el norte conservaría el nombre de sus invasores tardíos (Lombardía).

Hay ciertos aspectos de esas invasiones que tienen una importancia especial.

Ante todo, son casi siempre una huida hacia adelante. Los invasores son fugitivos presionados por algo más fuerte o más cruel que ellos. Su crueldad es con frecuencia la crueldad de la desesperación, sobre todo cuando los romanos les niegan el asilo que ellos piden con frecuencia de forma pacífica.

Es cierto que los autores de los textos siguientes son sobre todo paganos que, herederos de la cultura grecorromana, manifiestan el odio hacia el bárbaro que aniquila desde fuera y desde dentro esta civilización, destruyéndola o envileciéndola. Pero muchos cristianos para quienes el Imperio romano es la cuna providencial del cristianismo experimentan la misma repulsa hacia los invasores.

San Ambrosio ve en los bárbaros a enemigos faltos de humanidad y exhorta a los cristianos a defender con las armas «la patria contra la invasión bárbara». El obispo Sinesio de Cirene llama escitas, «símbolo de barbarie», a todos los invasores y les aplica el verso de la *Iliada* donde Homero aconseja «expulsar a esos malditos perros que trajo el Destino».

Sin embargo hay otros textos en un tono bastante diferente. San Agustín, incluso deplorando la desgracia de los romanos, se niega a ver en la caída de Roma por Alarico en el 410 otra cosa que un hecho doloroso como tantos otros que ha conocido la historia romana y subraya que, en contra de la mayoría de los generales romanos vencedores que se hicieron famosos por el sa-

queo de las ciudades conquistadas y el exterminio de sus habitantes, Alarico aceptó considerar las iglesias cristianas como lugares de asilo y las respetó. «Todo lo que se ha llegado a cometer en cuestión de devastaciones, masacres, pillajes, incendios y malos tratos en este desastre reciente de Roma no es más que la consecuencia de las costumbres de la guerra. Pero lo que se ha llevado a cabo de una manera nueva, distinta, ese salvajismo bárbaro que, por un prodigioso cambio del aspecto de las cosas, ha sucedido de forma tan dulce hasta el punto de elegir y de designar, para llenarlas de gente, las más amplias basílicas, donde nadie sería torturado, de donde nadie se vería arrestado, adonde muchos, para que pudieran librarse, serían conducidos por enemigos compasivos, de donde nadie sería conducido a la cautividad, ni siquiera por crueles enemigos, todo eso hay que atribuirlo al nombre de Cristo, a los tiempos cristianos...»

Pero el texto más extraordinario procede de un simple monje que carece de las razones de los obispos aristócratas para defender el orden social romano. Hacia el 440 Salviano, que se dice «sacerdote de Marsella» y que es monje en la isla de Lérins, escribe un tratado, *Du gouvernement de Dieu*, que es una apología de la Providencia y un intento de explicación de las grandes invasiones.

La causa de la catástrofe es interior. Los pecados de los romanos —incluidos los cristianos— son quienes han destruido el Imperio que sus vicios han entregado a los bárbaros. «Los romanos eran para sí mismos peores enemigos que sus enemigos externos, porque aunque los bárbaros les habían derrotado ya, ellos se destruían más aún por sí mismos.»

Por lo demás, ¿qué habría que reprochar a esos bárbaros? Ignoran la religión y si pecan es inconscientemente. Su moral, su cultura son distintas. ¿Por qué se habría de condenar lo que es diferente?

«El pueblo sajón es cruel, los francos pérfidos, los gépidos inhumanos, los hunos impúdicos. ¿Pero son sus vicios tan culpables como los nuestros? ¿Es la impudicia de los hunos tan criminal como la nuestra? ¿Es la perfidia de los francos tan reprochable como la nuestra? ¿Es una alaman borracho tan reprensible como un cristiano borracho? ¿Es un alano rapaz tan condenable como un cristiano rapaz? ¿Es sorprendente la trapacería en el huno o en el gépido cuando éstos ignoran que la trapacería es una falta? ¿Es el perjurio en el franco algo inaudito cuando éste cree que el perjurio es la forma normal de actuar y no un crimen?»

Pero al margen de sus opiniones personales que se pueden discutir, Salviano nos da las razones profundas del éxito de los bárbaros. Sin duda alguna hay una superioridad militar. La superioridad de la caballería bárbara

otorga todo su valor a la superioridad del armamento. El arma de las invasiones es la espada larga, cortante y puntiaguda, arma de corte cuya terrible eficacia es la fuente real de las exageraciones literarias de la Edad Media: cascos partidos, cabezas y cuerpos rajados en dos y a veces incluso el caballo. Ammien Marcellin reseña con horror un hecho de armas de este género desconocido para los romanos. Pero en los ejércitos romanos también había bárbaros y, superada la sorpresa de los primeros choques, el adversario enseguida comparte esa superioridad militar.

La verdad es que los bárbaros sacaron provecho de la complicidad activa o pasiva de la masa de la población romana. La estructura social del Imperio romano, en el que las capas populares se veían cada vez más aplastadas por una minoría de ricos y de poderosos, explica el éxito de las invasiones bárbaras. Oigamos a Salviano: «Los pobres se ven despojados, las viudas gimen, se pisotea a los huérfanos hasta tal punto que muchos de ellos, incluso gente de buena cuna que ha recibido una educación superior, se refugia en el enemigo. Para no sucumbir ante la persecución pública, van a buscar entre los bárbaros la humanidad de los romanos, porque ya no pueden soportar entre los romanos la inhumanidad de los bárbaros. Son distintos de los pueblos entre quienes buscan refugio; no comparten sus modales, ni su lengua, y me atrevo a decir que ni un ápice del olor fétido de los cuerpos y de la indumentaria bárbara; sin embargo prefieren doblegarse a esta ausencia de parecido antes que sufrir entre los romanos la injusticia y la crueldad. Emigran pues hacia los godos o los bagaudas, o hacia los demás bárbaros que dominan por doquier y no tienen nada que reprocharse por este exilio. Porque prefieren vivir libres bajo la apariencia de esclavos que vivir esclavos bajo una apariencia de libertad. El nombre de ciudadano romano, hasta hace bien poco muy estimado, pero logrado a un alto precio, es hoy en día repudiado y evitado, ya no se le considera sólo como de escaso valor sino que se abomina de él... De ahí procede que incluso los que no huyen hacia los bárbaros, se ven obligados no obstante a convertirse en bárbaros, como les sucede hoy en día a la mayoría de los españoles, a una notable cantidad de galos y a todos los que, en toda la amplitud del mundo romano, la iniquidad romana empuja a dejar de ser romanos. Hablemos, por ejemplo, de los bagaudas que, desposeídos por jueces malos y sanguinarios, apaleados, matados, después de haber perdido el derecho a la libertad romana, han perdido también el honor del nombre romano. Y nosotros los llamamos rebeldes, hombres perdidos, cuando somos nosotros quienes les hemos obligado a convertirse en criminales».

En medio de tantas pruebas, no faltan espíritus clarividentes que intuyen la solución futura: la fusión entre bárbaros y romanos. El orador Temistio, a

finales del siglo IV, predecía: «De momento, las heridas que los godos nos han infligido continúan aún frescas, pero pronto serán nuestros compañeros de mesa y de combate y participarán en las funciones públicas».

Deseos no poco optimistas, porque si, a largo plazo, la realidad los reunió a la mesa un poco idílica de Temistio fue con la diferencia notable de que los bárbaros vencedores admiraban a su lado a los romanos vencidos.

Sin embargo la aculturación entre los dos grupos se vio favorecida desde el principio por ciertas circunstancias.

Los bárbaros que se instalaron en el siglo V en el Imperio romano no eran esos pueblos jóvenes y salvajes, a duras penas salidos de sus bosques o de sus estepas que nos han pintado sus detractores de la época o sus admiradores modernos. Habían evolucionado mucho con motivo de sus desplazamientos, a veces seculares, que les habían proyectado finalmente hacia el mundo romano. Habían visto muchas cosas, habían aprendido mucho y habían retenido no poco. Sus caminos les habían conducido al contacto con culturas y con civilizaciones de las que habían aceptado costumbres, artes y técnicas. Directa o indirectamente, la mayoría de ellos habían experimentado la influencia de las culturas asiáticas, del mundo iranio e incluso del mundo grecorromano, sobre todo en su parte oriental que, al hacerse bizantina, continuaba siendo la más rica y la más brillante.

Poseían técnicas metalúrgicas avanzadas: damasquinado, técnicas de orfebrería, el arte del cuero, el arte admirable de las estepas y sus motivos animales estilizados. Con frecuencia se habían visto seducidos por la cultura de los imperios vecinos y habían sentido una admiración sin duda torpe y superficial hacia el saber y el lujo, pero no exenta de respeto.

Otro hecho capital había transformado el rostro de los invasores bárbaros. Si una parte de ellos había permanecido pagana, otra y no de las menores se había convertido al cristianismo. Pero, por una curiosa casualidad, que iba a estar pletórica de consecuencias, esos bárbaros convertidos —ostrogodos, visigodos, burgundios, vándalos y más tarde lombardos— lo habían sido al arrianismo que, según el concilio de Nicea, se había convertido en herético. En efecto, habían sido cristianizados por el apóstol de los godos, Ulfila, nieto de capadocios cristianos hechos prisioneros por los godos en el 264. El niño, «gotizado», fue enviado en su juventud a Constantinopla donde se convirtió al arrianismo. De vuelta entre los godos como obispo misionero, trajo para su pueblo la Biblia al gótico, con lo que fomentó el número de herejes. Con lo cual, lo que hubiera tenido que ser un vínculo religioso fue, por el contrario, un elemento de discordia que originó agrias luchas entre bárbaros arrianos y romanos católicos.

Queda en pie no obstante la atracción que ejercía la civilización romana sobre los bárbaros. Los jefes bárbaros no sólo se rodearon de romanos como consejeros, sino que intentaron adoptar con frecuencia las costumbres romanas y dotarse de títulos romanos: cónsules, patricios, etc. No se presentaban como enemigos, sino como admiradores de las instituciones romanas. Se les podría tomar todo lo más como usurpadores. No eran más que la última generación de esos extranjeros, españoles, galos, africanos, ilirios, orientales que, poco a poco, habían llegado hasta las más altas magistraturas y al Imperio. Más aún: ningún soberano bárbaro osó erigirse a sí mismo en emperador. Cuando Odoacro depone en el 476 al emperador de Occidente Rómulo Augústulo, envía al emperador Zenón en Constantinopla, las insignias imperiales diciéndole que un solo emperador es suficiente. «Apreciamos más los títulos conferidos por los emperadores que los nuestros», escribe un rey bárbaro a un emperador. El más poderoso de ellos, Teodorico, toma el nombre romano de Flavio, escribe al emperador: *ego qui sum servus vester et filius*, «yo, que soy vuestro siervo y vuestro hijo», y le declara que su única ambición es hacer de su reino «una imitación del vuestro, una copia de vuestro imperio sin rival». Hay que esperar al año 800 y a Carlomagno para que un jefe bárbaro ose hacerse emperador. Después de esto sólo queda decir que ver en las invasiones bárbaras un hecho de instalación pacífica y, como se ha insinuado a veces en tono jocosos, un fenómeno de «desplazamientos turísticos» está muy lejos de la realidad.

Sin duda que éstos fueron ante todo tiempos de confusión. Confusión originada en primer lugar por la mezcla de los invasores. A lo largo de su camino las tribus y los pueblos combaten unos contra otros, se esclavizan mutuamente, se entremezclan. Algunos forman confederaciones efímeras, como la de los hunos que integran en su ejército los restos de ostrogodos, alanos y sármatas vencidos. Roma intenta jugar la baza de enfrentar unos contra otros, se esfuerza por romanizar precipitadamente a los primeros llegados para hacer de ellos un instrumento contra los demás, aún más bárbaros. El vándalo Estilicón, tutor del emperador Honorio, utiliza contra el usurpador Eugenio y su aliado franco Arbogasto un ejército de godos, de alanos y de caucásicos.

La confusión se acrecienta por el terror. Incluso teniendo en cuenta las exageraciones, los relatos de masacres y de devastaciones de las que la literatura del siglo V está repleta no dejan lugar a dudas acerca de las atrocidades y las destrucciones que acompañaron los «paseos» de los pueblos bárbaros.

Ésa es la macabra obertura con la que comienza la historia del Occidente medieval. Y esa obertura es la que continuará dando el tono a lo largo de

diez siglos. El hierro, el hambre, la epidemia, las bestias, éstos serán los siniestros protagonistas de esta historia. Es cierto que los bárbaros no fueron los únicos que los trajeron consigo. El mundo antiguo ya los había conocido y pugnaron por volver con renovada fuerza cuando los bárbaros los desencadenaron. Pero los bárbaros dieron a este desencadenamiento de la violencia un ímpetu desacostumbrado. El acero, la espada larga de las grandes invasiones, que será también la de los caballeros, extiende en adelante su sombra asesina sobre Occidente. Antes de que prenda lentamente la obra constructora, un frenesí de destrucción se apodera durante largo tiempo de Occidente. Los hombres del Occidente medieval son sin duda los hijos de aquellos bárbaros parecidos a los alanos que nos describe Ammien Marcellin: «Ese goce que los espíritus delicados y apacibles encuentran en un ocio útil, ellos lo sitúan en los peligros y en la guerra. Para ellos la suprema dicha es perder la vida en un campo de batalla; morir de viejo o en un accidente es un oprobio y una cobardía hacia lo que no sienten más que desprecio; matar un hombre es un heroísmo hacia el que no hallan suficientes elogios. El más hermoso trofeo es la cabellera de un enemigo escalpado; les sirve de decoración para la montura de su caballo de guerra. Para ellos no existen templos ni santuarios, ni siquiera un agujero cubierto de paja. Una espada desnuda, clavada en tierra según el rito bárbaro, se convierte en el signo de Marte. La honran devotamente como a la soberana de las regiones que recorren».

Pasión de la destrucción que el cronista Fredegario, en el siglo VII, expresa por boca de la madre de un rey bárbaro que exhortaba así a su hijo: «Si quieres tener éxito y hacerte un nombre, destruye todo lo que los demás han construido y al pueblo que hayas vencido pásalo íntegramente por la espada, ya que no puedes construir un edificio superior a los que construyeron tus predecesores y no existe mayor hazaña sobre la que puedas levantar tu nombre».

* * *

Ora al ritmo de lentas infiltraciones y de avances más o menos pacíficos, ora al de bruscas presiones acompañadas de luchas y de masacres, la invasión de los bárbaros modificó profundamente, entre el comienzo del siglo V y finales del siglo VIII, el mapa político de Occidente, bajo la autoridad nominal del emperador de Bizancio.

Desde el 407 hasta el 429 una serie de incursiones asolan Italia, Galia y España. El episodio más espectacular es el asedio, la toma y el saqueo de Roma por Alarico y sus visigodos en el 410. Muchos quedan estupefactos

ante la caída de la ciudad eterna. «Mi voz se entrecorta y los sollozos me interrumpen mientras dicto estas palabras», gemía san Jerónimo en Palestina. «Esta ciudad que conquistó el mundo se halla ahora conquistada.» Los paganos acusaban a los cristianos de ser la causa del desastre por haber arrojado de Roma a sus dioses tutelares. San Agustín toma pie de este hecho para definir en *La ciudad de Dios* las relaciones entre la sociedad terrestre y la divina. Disculpa a los cristianos y reduce el acontecimiento a sus justas proporciones: un hecho versátil y trágico que volverá a repetirse «ahora sin derramamiento de sangre, *sine ferro et igne*» en el 455 con Genserico y sus vándalos.

Los vándalos, los suevos y los alanos devastan la península Ibérica. La corta instalación de los vándalos en el sur de España es suficiente para dar su nombre a Andalucía. A partir del 429 los vándalos, los únicos bárbaros que poseían una flota, pasan al África del norte, es decir, Tunes y Argelia oriental.

Los visigodos, después de la muerte de Alarico, rebasan Italia para marchar sobre la Galia el 412 y después sobre España el 414, desde donde se repliegan en el 418 para instalarse en Aquitania. En cada una de estas etapas se puede ver la mano de la diplomacia romana. El emperador Honorio desvía hacia la Galia al rey visigodo Ataulfo en el 415, incita a los visigodos a disputar España a los vándalos y a los suevos y después los llama a Aquitania.

La segunda mitad del siglo V es testigo de cambios decisivos.

En el norte, los bárbaros escandinavos, anglos, jutos y sajones, después de una serie de incursiones en la Bretaña (la Gran Bretaña), la ocupan entre los años 441 y 443. Una parte de los bretones vencidos pasa el mar y va a instalarse en Armorique: ésta será en adelante la Bretaña (francesa).

Con todo, el acontecimiento más importante es sin duda, aunque efímero, la formación del Imperio de los hunos de Atila. Porque hizo que todo se tambaleara. Primero, como hará Gengis-Kan ocho siglos más tarde, Atila unifica hacia el 434 las tribus mongolas que habían pasado al Occidente, después derrota y absorbe a otros bárbaros, mantiene durante algún tiempo con Bizancio unas relaciones ambiguas, dejándose prender por su civilización pero acechándola como a una presa —lo mismo que hará Gengis-Kan con China—, para dejarse persuadir finalmente, después de un intento sobre los Balcanes el 448, de que debía lanzarse sobre la Galia, donde el romano Aecio, gracias sobre todo a los contingentes visigodos, le detuvo el año 451 en los Campos Cataláunicos. El imperio huno se deshace y las hordas se repliegan hacia el este tras la muerte, el año 453, de quien pasará a la historia, según la frase de un oscuro cronista del siglo IX, como «el azote de Dios».

En el 468, los visigodos de Eurico reanudan la conquista de España, conquista que completan en diez años.

En ese momento aparecen Clodoveo y Teodorico.

Clodoveo es el jefe de la tribu de los salios que, a lo largo del siglo V, se desliza en Bélgica y desde allí en el norte de la Galia. Reúne en torno a él a la mayoría de las tribus francas, somete la Galia del norte al derrotar al romano Siagrio en el 486 en Soissons, que se convierte en su capital, rechaza una invasión de alamanes en la batalla de Tolbiac y conquista finalmente la Aquitania el 507 derrotando a los visigodos, cuyo rey Alarico II muere en Vouillé. A su muerte, en el 511, los francos son dueños de la Galia con la excepción de la Provenza.

Los ostrogodos irrumpen finalmente en el Imperio. A las órdenes de Teodorico, atacan Constantinopla el año 487 y se dirigen a Italia, que conquistan en el 493. Teodorico, instalado en Rávena, reina durante treinta años y, si los panegiristas no exageran demasiado, hace que Italia, a la que gobierna con la colaboración de los consejeros romanos Liberio, Casiodoro, Símaco y Boecio, conozca una nueva edad de oro. Él mismo, que vivió desde los ocho a los dieciocho años como rehén en Constantinopla, es el más logrado, el más seductor de los bárbaros romanizados. Como restaurador de la *pax romana* en Italia, sólo interviene el 507 contra Clodoveo a quien prohíbe anexionar Provenza a la Aquitania tomada a los visigodos. Pero no se preocupa al ver cómo el franco se abre paso hasta el Mediterráneo.

A comienzos del siglo VI, el reparto de Occidente entre los anglosajones en una Gran Bretaña aislada de cualquier lazo con el continente, los francos que se quedan con la Galia, los burgundios confinados en Saboya, los visigodos dueños de España, los vándalos instalados en África y los ostrogodos que dominan en Italia, parece una cosa hecha.

En el 476 hay un hecho que pasa casi desapercibido: un romano de Pannonia, Orestes, que fue secretario de Atila, reúne tras la muerte de su señor algunos restos de su ejército: esquiros, hérulos, turquinos, rugios y los pone al servicio del Imperio en Italia. Convertido en jefe de la milicia, aprovecha para deponer al emperador Julio Nepote y proclama en su lugar, en el 475, a su joven hijo Rómulo. Pero al año siguiente, el hijo de otro favorito de Atila, el esquivo Odoacro, a la cabeza de otro grupo de bárbaros, se alza contra Orestes, lo mata, depone al joven Rómulo y envía las insignias del emperador de Occidente al emperador Zenón de Constantinopla. Este suceso no parece haber inquietado demasiado a los contemporáneos. Cincuenta años después, un ilirio al servicio del emperador de Bizancio, el conde Marcelino, escribe en su crónica: «Odoacro, rey de los godos, se hizo con el poder en Roma... El

Imperio romano de Occidente, al que había comenzado a gobernar Octavio Augusto, el primero de los emperadores, en el año 709 de Roma, acabó con el joven emperador Rómulo».

Hasta entonces, la política de los emperadores de Oriente había intentado limitar los desperfectos: impedir que los bárbaros tomen Constantinopla comprando su retirada a precio de oro, desviándolos hacia la parte occidental del Imperio, contentándose con una vaga sujeción de los reyes bárbaros a quienes se otorgaba el título de patricios o de cónsules, intentado apartar a los invasores del Mediterráneo. El *mare nostrum* no es sólo el centro del mundo romano, sino que sigue siendo la arteria principal de su comercio y de su avituallamiento.

La política bizantina cambia con la subida al trono de Justiniano en el 527, un año después de la muerte de Teodorico en Rávena. La política imperial abandona la pasividad para pasar a la ofensiva. Justiniano quiere reconquistar, si no la parte occidental del Imperio romano en su totalidad, al menos lo esencial de su heredad mediterránea. En principio parece que lo consigue. Los generales bizantinos liquidan el reino vándalo de África (533-534), la dominación de los godos en Italia, aunque algo más difícil, del 536 al 555, y arrebatan la Bética a los visigodos de España. Pero son sucesos efímeros que debilitan aún más a Bizancio frente a los peligros orientales, agotan cada vez más a Occidente, tanto más cuanto que, a partir del 543, la peste negra añade sus estragos a los de la guerra y el hambre. La mayor parte de Italia, con la excepción del exarcado de Rávena, de Roma y sus alrededores y del extremo sur de la península, se pierde entre los años 568 y 572 frente a nuevos invasores, los lombardos, empujados hacia el sur por una nueva invasión asiática, la de los ávaros. Los visigodos reconquistan la Bética a finales del siglo VI. Finalmente, los árabes conquistarán África del norte a partir del 660.

El gran acontecimiento del siglo VII «incluso para Occidente» es la aparición del islam y la conquista árabe. Más adelante veremos el alcance de la formación del mundo musulmán para la cristiandad. Aquí examinaremos sólo el impacto del islam sobre el mapa político de Occidente.

La conquista árabe arrebató en primer lugar el Magreb a la cristiandad occidental, después invade España fácilmente conquistada a los visigodos entre el 711 y el 719, con la excepción del noroeste donde los cristianos se mantienen independientes. Domina por un momento la Aquitania y sobre todo la Provenza hasta que Carlos Martel la detiene en el 732 en Poitiers y los francos la obligan a retirarse al sur de los Pirineos, tras los cuales se atrinchera después de la pérdida de Narbona el 759.

El siglo VIII es, efectivamente, el siglo de los francos. El fortalecimiento de éstos en Occidente, a pesar de algunos fracasos, frente a Teodorico por ejem-

plo, es regular después de Clodoveo. El golpe genial de Clodoveo consistió en convertirse con su pueblo no al arrianismo, como los otros reyes bárbaros, sino al catolicismo. De este modo puede jugar la carta religiosa y disfrutar del apoyo, si no del papado aún débil, al menos de la poderosa jerarquía católica y del no menos poderoso monaquismo. Desde el siglo VI los francos conquistaron el reino de los burgundios, del 523 al 534, y después la Provenza en el 536.

Los repartos y las rivalidades entre los descendientes de Clodoveo retrasan el esfuerzo franco que parece incluso estar en peligro a comienzos del siglo VIII con la decadencia de la dinastía merovingia «que pasa a la leyenda con la imagen de los reyes zánganos» y del clero franco. Los francos ya no son los únicos ortodoxos de la cristiandad occidental. Visigodos y lombardos abandonan el arrianismo por el catolicismo. El papa Gregorio Magno (590-604) ha iniciado la conversión de los anglosajones, confiándosela al monje Agustín y a sus compañeros; la primera mitad del siglo VIII, gracias a Willibrord y a Bonifacio, ve avanzar el catolicismo en Frisia y en Germania.

Pero los francos recuperan a la vez todas sus posibilidades. El clero se reforma bajo la dirección de Bonifacio y la joven y emprendedora dinastía carolingia reemplaza a la abatida dinastía merovingia.

No cabe duda de que los mayordomos de palacio carolingios detentaban la realidad del poder entre los francos desde hacía décadas, pero el hijo de Carlos Martel, Pipino el Breve, da el paso definitivo otorgando todo su alcance al liderato católico de los francos. Concierta con el papa una alianza beneficiosa para las dos partes. Él reconoce al pontífice romano el poder temporal sobre una parte de Italia en torno a Roma. Basándose en un falso invento de la cancillería pontificia entre el 756 y el 760, la pretendida «donación de Constantino», nace el Estado pontificio o Patrimonio de san Pedro y establece el poder temporal del papado que desempeñará un papel tan importante en la historia política y moral del Occidente medieval. Como contrapartida, el papa reconoce a Pipino el título de rey en el 751 y le consagra en el 754, el mismo año en que aparece el Estado pontificio. Se habían establecido las bases que, en medio siglo, iban a permitir a la monarquía carolingia agrupar a la mayor parte del Occidente cristiano bajo su dominio y después restaurar en beneficio propio el Imperio de Occidente.

Pero durante los cuatro siglos que separan la muerte de Teodosio (395) de la coronación de Carlomagno (800) había nacido un mundo nuevo en Occidente, salido de la lenta fusión del mundo romano y del mundo bárbaro. La Edad Media occidental había tomado forma.

Ese mundo medieval es el resultado del encuentro y de la fusión de dos mundos en evolución, de una convergencia de las estructuras romanas y de las bárbaras en plena transformación.

El mundo romano, desde el siglo III al menos, se alejaba de sí mismo. En cuanto construcción unitaria, no cesaba de fragmentarse. A la gran división que separaba Oriente de Occidente había que añadir el aislamiento cada vez mayor entre las diversas partes del Occidente romano. El comercio, que era ante todo un comercio interior, entre provincias, estaba en plena decadencia. Los productos agrícolas o artesanales destinados a la exportación al resto del mundo romano —aceite del Mediterráneo, vidrio renano, alfarería gala—, restringían su área de difusión, la moneda se hacía rara y se deterioraba, se abandonaban las superficies cultivables, los *agri deserti*, los campos desiertos se multiplicaban. Así se esbozaba la fisionomía del Occidente medieval: la atomización en núcleos encerrados en sí mismos entre «desiertos»: bosques, landas, eriales. «En medio de las ruinas de las grandes ciudades, sólo grupos dispersos de miserables poblaciones, testigos de las calamidades pasadas, son el testimonio de los nombres de antaño», escribe Orosio a comienzos del siglo V. Este testimonio —uno entre tantos otros—, confirmado por la arqueología, pone de relieve un hecho capital: el languidecimiento urbano acelerado por las destrucciones de los invasores bárbaros.¹ No cabe duda de que esto es sólo uno de los aspectos de una consecuencia general de la violencia de los invasores que destruyó, arruinó, empobreció, aisló y redujo. Tampoco cabe duda de que las ciudades, por el cebo de sus riquezas acumuladas y provocadoras, eran una presa excepcional. Ellas fueron las víctimas más duramente castigadas. Pero si no pudieron reponerse de su postración fue porque la evolución alejaba de ellas la población que había quedado. Y esta huida de las ciudades no era más que una consecuencia de la huida de las mercancías que iban dejando de alimentar el mercado urbano. La población urbana es un grupo de consumidores que se alimenta de importaciones. Cuando la huida del dinero deja a la gente de la ciudad sin poder adquisitivo, cuando las rutas comerciales dejan de irrigar los centros urbanos, los ciudadanos se ven obligados a refugiarse cerca de los centros de producción. La necesidad de alimentarse es la que explica ante todo la huida del rico hacia sus tierras y el éxodo del pobre hacia el dominio del rico. También aquí las invasiones bárbaras, al desorganizar las redes económicas, al dislocar las rutas comerciales, aceleran la ruralización de las poblaciones, pero no son ellas quienes la crean.

1. Excavaciones arqueológicas recientes efectuadas en el norte de Italia, en la Suiza occidental y en la Francia ródano-alpina inducen a matizar este concepto.

La ruralización, un hecho económico y demográfico, es a la vez y principalmente un hecho social que va modelando la imagen de la sociedad del Medioevo.

La desorganización de los intercambios acrecienta el hambre y el hambre empuja a las masas hacia el campo y las somete a la servidumbre de quienes dan pan, los grandes propietarios.

Como hecho social, la ruralización no es más que el aspecto más espectacular de una evolución que imprimirá en la sociedad del Occidente medieval un carácter esencial que permanecerá anclado en las mentalidades durante más tiempo que en la realidad material: la compartimentación profesional y social. La huida ante ciertos oficios y la movilidad de la mano de obra rural habían obligado a los emperadores del bajo Imperio a convertir en hereditarias ciertas profesiones y a alentar a los grandes propietarios a que ataran a la tierra a los colonos destinados a reemplazar a los esclavos cada vez más escasos. La cristiandad del Medioevo convertirá en pecado mortal el deseo de abandonar su estado. De tal padre, tal hijo, será la ley del Medioevo occidental, herencia del bajo Imperio romano. Permanecer se opondrá a cambiar y, sobre todo, a «llegar a». Lo ideal será una sociedad de «permanentes», de *manere*, quedarse o permanecer. Sociedad estratificada, horizontalmente compartimentada.

Los invasores se colaron o instalaron por la fuerza sin grandes dificultades en estos compartimientos.

Los grupos bárbaros, que se establecieron de grado o por fuerza en el territorio romano, no eran —o ya no lo eran si es que alguna vez lo habían sido— sociedades igualitarias. El bárbaro buscará frente al vencido beneficiarse de una situación de libre tanto más atractiva para el colono cuanto que él mismo es un pequeño colono. Lo cierto es que una diferenciación social ya bastante avanzada estableció en los invasores, ya antes de la invasión, categorías sociales cuando no verdaderas clases. Hay fuertes y débiles, ricos y pobres que se transforman con toda facilidad en grandes y pequeños propietarios u ocupantes en la tierra conquistada. Las distinciones jurídicas de los códigos de la alta Edad Media pueden hacer pensar en un foso de separación entre bárbaros completamente libres por una parte, cuyos esclavos serían un sector de los extranjeros dominados y, por otra, descendientes de los romanos ya jerarquizados en libres y no libres. La realidad social es muy distinta y distingue inmediatamente entre *potentiores*, poderosos, de origen bárbaro o romano, y *humiliores*, humildes, de los dos grupos.

De este modo la instalación de los bárbaros, consolidada por la tradición de una coexistencia que, en ciertos lugares se remontaba al siglo III, pudo ha-

llar rápidamente su continuación en una fusión más o menos completa. Excepto en un número muy limitado de casos, sería vano buscar la marca étnica en lo que sabemos de los tipos de explotación rural de la alta Edad Media. Hay que pensar sobre todo que en este ámbito, más que ningún otro el de las permanencias, el de la larga duración, reducir las causas de la diversidad al enfrentamiento de tradiciones romanas y de costumbres bárbaras sería absurdo. Los motivos geográficos y la diversificación nacida de una historia que se remonta al Neolítico son con toda probabilidad una herencia mucho más determinante. Lo que importa y lo que se puede percibir con toda claridad es el movimiento de ruralización y de progreso de la gran propiedad, idéntico por doquier, que arrastra a toda la población.

Si la necesidad de codificación y de redacción de las leyes era grande, sobre todo entre los bárbaros, también les pareció necesaria a varios soberanos bárbaros una nueva legislación destinada a los romanos. Por lo general fueron adaptaciones y simplificaciones del código de Teodosio, del 438. Así aparecieron el *Breviario* de Alarico (506) entre los visigodos y la *Lex romana burgundiorum*, entre los burgundios.

La diversidad jurídica no fue tan grande como se pudiera creer, en primer lugar porque las leyes bárbaras de los diversos pueblos se asemejaban mucho, después porque en cada reino un código tenía tendencia a ganar por la mano a los demás y, por último, porque la huella romana, más o menos clara desde el principio «por ejemplo entre los visigodos» tendía a quedar de manifiesto en vista de su superioridad. La influencia de la Iglesia, sobre todo después de la conversión de los reyes arrianos y las tendencias unificadoras de los carolingios a finales del siglo VIII y comienzos del siglo IX contribuyeron a una regresión o a una desaparición de la personalidad de las leyes en beneficio de su territorialidad. Desde el reinado del visigodo Recesvinto (649-672) por ejemplo, el clero presionó al soberano para que publicara un nuevo código aplicable tanto a los visigodos como a los romanos.

Sin embargo, la legislación particularista de la alta Edad Media reforzó la tendencia, a lo largo de todo el Medioevo, a la compartimentación cuyas raíces hemos visto en la fragmentación de la población, de la ocupación y explotación del suelo y de la economía. La mentalidad de camarilla y el espíritu pueblerino, propios de la Edad Media, se vieron reforzados. Incluso a veces se apeló abiertamente al particularismo jurídico de la alta Edad Media.

* * *

No cabe duda de que los bárbaros adoptaron tanto como les fue posible lo que el Imperio romano tenía de superior, sobre todo en el ámbito de la cultura, como veremos, y en el de la organización política.

Pero tanto en uno como en otro aspecto precipitaron, agravaron y llevaron hasta el extremo la decadencia iniciada en el bajo Imperio. De una crisis hicieron un retroceso. Amalgamaron una triple barbarie: la suya, la del mundo romano decrepito y la de las viejas fuerzas primitivas anteriores al barniz romano y liberadas por la desaparición de ese barniz bajo el rudo golpe de las invasiones. Retroceso cualitativo ante todo. Segaron vidas humanas, destruyeron monumentos y pertrechos económicos. Descenso demográfico, pérdida de tesoros del arte, destrucción de las vías de circulación, de los talleres, de los almacenes, de los sistemas de riego, de los cultivos. Destrucción permanente, ya que los monumentos antiguos sirven de cantera de donde se toman las piedras, las columnas, la ornamentación. El mundo bárbaro, incapaz de crear, de producir, «reutiliza». En ese mundo empobrecido, subalimentado, debilitado, una calamidad natural concluye lo que el bárbaro ha comenzado. A partir del 543 la peste negra, llegada de Oriente, hace estragos en Italia, en España y en una gran parte de la Galia durante más de medio siglo. Tras ella no hay más que el fondo de la sima, el trágico siglo VII para el que dan ganas de resucitar la vieja expresión de *dark ages*. Dos siglos después aún, Pablo el Diácono, con cierto énfasis literario, evocará el horror del azote en Italia: «Campos y ciudades llenos hasta entonces de una multitud de hombres y mujeres, quedaban sumergidos de la noche a la mañana en el más profundo silencio por la huida general. Los hijos huían abandonando el cadáver de sus padres sin sepultura, los padres abandonaban humeantes las entrañas de sus hijos. Si por ventura alguien quedaba para enterrar a su allegado, se exponía a quedar él mismo sin sepultura... Los tiempos habían vuelto al silencio anterior a la humanidad: se acabaron las voces en los campos, se acabaron los silbidos de los pastores... Las mieses esperaban en vano a los segadores, los racimos aún colgaban de las viñas a las puertas del invierno. Los campos se transformaban en cementerios y las casas de los hombres en guarida de animales salvajes».

Retroceso técnico que dejará al Occidente medieval durante mucho tiempo desamparado. Desaparece la piedra, que ya no se sabe extraer, transportar y trabajar, y deja paso a una vuelta a la madera como material esencial. Desaparece el arte del vidrio en Renania juntamente con el natrón que ya no se importa del Mediterráneo desde el siglo VI, o se reduce a productos toscos fabricados en cabañas cerca de Colonia.

Retroceso del gusto, como veremos, y regresión de las costumbres. Los penitenciales de la alta Edad Media —tarifas de castigos que se aplicaban a cada clase de pecado— podrían figurar en los «infiernos»² de las bibliotecas. No sólo sale a la superficie el viejo fondo de las supersticiones campesinas, sino que se desatan las mayores aberraciones sexuales, se exasperan las violencias: golpes y heridas, glotonería y borrachera. Un libro famoso; que no añade a la fidelidad a los documentos más que una hábil descripción literaria, los *Récits des temps mérovingiens* de Augustin Thierry, extraídos de las mejores fuentes y sobre todo de Gregorio de Tours, nos ha familiarizado desde hace más de un siglo con la irrupción de la violencia bárbara, tanto más salvaje cuanto que el rango superior de sus protagonistas les garantiza una relativa impunidad. Sólo la prisión y la muerte logran poner freno a los excesos de esos príncipes y princesas francos cuyo gobierno ha definido Fustel de Coulanges en una expresión célebre: «Un despotismo atemperado por el asesinato».

«Se cometieron en aquel tiempo multitud de crímenes... cada uno veía la justicia en su propia voluntad», escribe Gregorio de Tours.

El refinamiento de los suplicios inspirará durante largo tiempo la iconografía medieval. Lo que los romanos paganos no hicieron soportar a los mártires cristianos, lo hicieron soportar a los suyos los francos católicos. «Se cortan de ordinario las manos y los pies, la punta de la nariz, se arrancan los ojos, se mutila el rostro mediante hierros candentes, se clavan estacas puntiagudas de madera bajo las uñas de las manos y de los pies... Cuando las llagas, tras haber expulsado todo el pus, comienzan a cicatrizar se las abre de nuevo. A veces se recurre a un médico para que, una vez curado, el desventurado pueda ser torturado de nuevo con un suplicio aún mayor.» San Léger, obispo de Autun, cae en manos de su enemigo, el mayordomo del palacio de Neustrie Ebroïn en el 677. Le cortan la lengua, le acuchillan las mejillas y los labios, le obligan a caminar descalzo por una alberca sembrada de piedras puntiagudas y punzantes como clavos y finalmente le sacan los ojos. Ésa fue también la muerte de Brunehaut, torturada durante tres días y finalmente atada a la cola de un caballo resabiado previamente fustigado para que se desbocara...

El lenguaje frío de los códigos es de lo más impresionante: «Haber arrancado a otro una mano, un pie, un ojo, la nariz: 100 cuartos; pero si la mano queda colgando, sólo 63; haber arrancado el pulgar: 50 cuartos, pero si queda colgando, sólo 30; haber arrancado el índice (el dedo que se utiliza para tirar al arco): 35 cuartos; cualquier otro dedo: 30 cuartos; dos dedos: 35 cuartos; tres dedos: 50 cuartos».

2. En los «infiernos» de las bibliotecas se hallaban los libros prohibidos por la Iglesia; la consulta de los cuales sólo era posible mediante un permiso especial. (N. del t.)

Retroceso de la administración y de la majestuosidad del gobierno. El rey franco, entronizado y puesto por las nubes, lleva por insignia, en vez de cetro o de diadema, la lanza, y como signo distintivo, una larga cabellera: *rex crinitus*. Rey-Sansón de largas crines seguido de ciudad en ciudad por unos cuantos escribas, por domésticos esclavos y por su guarda de «antrusiones».³ Todo ello aderezado con títulos rimbombantes tomados del vocabulario del bajo Imperio. El jefe de los palafreneros es el «conde de las caballerizas», condestable; los guardas de corps, «condes de palacio»; ese montón de soldados borrachos y de clérigos groseros, «hombres excelentes» o «ilustres». Al no entrar los impuestos, la riqueza del rey se reduce a cajas de monedas de oro, de bujería de vidrio y de alhajas que las mujeres, las concubinas, los hijos y los bastardos se disputan a la muerte del rey lo mismo que se reparten las tierras y el reino mismo.

¿Y la Iglesia?

En el desorden de las invasiones, obispos y monjes «por ejemplo san Severino» se convertían en jefes polivalentes de un mundo desorganizado: a su papel religioso habían añadido un papel político, al negociar con los bárbaros; económico, al distribuir víveres y limosnas; social, al proteger a los pobres de los poderosos; incluso militar, al organizar la resistencia o al luchar «con las armas espirituales» allí donde ya no había armas materiales. Al no haber otro remedio, habían adoptado los métodos del clericalismo, de la confusión de poderes. Intentan, mediante la disciplina penitencial, mediante la aplicación de las leyes canónicas (el comienzo del siglo VI es la época de los concilios y de los sínodos paralelamente a la codificación civil), luchar contra la violencia y suavizar las costumbres. Los *Manuales de san Martín de Braga*, convertido el 579 en arzobispo de la capital del reino suevo, establecen el uno, *De correctione rusticorum*, un programa de corrección de las costumbres campesinas y el otro, la *Formula vitae honestae* dedicada al rey Mir, el ideal moral del príncipe cristiano. Su éxito se mantendrá a lo largo de toda la Edad Media. Pero los jefes eclesiásticos, barbarizados también o incapaces de luchar contra la barbarie de los poderosos y del pueblo, ratifican un retroceso de la espiritualidad y de la práctica religiosa: juicios de Dios, fomento inaudito del culto a las reliquias, revigorización de los tabúes sexuales y alimentarios donde la más antigua tradición bíblica se mezcla con las costumbres bárbaras. «Crudo o cocido, aléjate de lo que haya contaminado una sanguijuela», reza un penitencial irlandés.

La Iglesia busca sobre todo su propio interés sin preocuparse de la razón de los Estados bárbaros más de lo que lo había hecho de la del Imperio ro-

3. El vocablo de origen inglés «antrusión» designaba en la antigua corte melodíngia de las Galias a los hombres de máxima confianza del rey. (N. del t.)

mano. Mediante donaciones arrancadas a los reyes y a los poderosos, incluso a los más humildes, acumula tierras, rentas, exenciones y, en un mundo donde la acumulación de riquezas esteriliza cada vez más la vida económica, inflige a la producción la más lacerante sangría. Sus obispos, que pertenecen casi todos a la aristocracia de los grandes propietarios, son omnipotentes en sus ciudades, en sus circunscripciones episcopales e intentan serlo también en el reino.

Finalmente, al intentar servirse los unos de los otros, reyes y obispos se neutralizan mutuamente y se paralizan: la Iglesia intenta dirigir el Estado y los reyes gobernar la Iglesia. Los obispos se erigen en consejeros y en censores de los soberanos en todos los ámbitos, esforzándose en hacer que los cánones de los concilios se conviertan en leyes civiles, mientras que los reyes, incluso convertidos al catolicismo, nombran a los obispos y presiden esos mismos concilios. En España las asambleas conciliares se convierten en auténticos parlamentos del reino visigótico a comienzos del siglo VII e imponen una legislación antisemita que incrementa las dificultades económicas y el descontento de poblaciones que acogerán a los musulmanes; si no con simpatía, al menos sin hostilidad. En la Galia, el amalgamamiento de los dos poderes «a pesar de los esfuerzos de los reyes francos por confiar los cargos de su casa y de su gobierno a laicos, a pesar de la brutalidad de un Carlos Martel que confiscará una parte de las inmensas posesiones eclesiásticas» es tal que la decadencia de la monarquía merovingia y del clero franco irán siempre de la mano. San Bonifacio, antes de ir a evangelizar la Germania, tendrá que reformar el clero franco. Ése será el comienzo del renacimiento carolingio. El pontificado de Gregorio Magno (590-604), el más esplendoroso del período, es también el más significativo. Gregorio, antiguo monje, elegido papa durante una crisis de la peste negra en Roma, piensa que las calamidades anuncian el fin del mundo, y para él el deber de todo cristiano es hacer penitencia, desligarse de este mundo para prepararse al que se avecina. No piensa en extender la cristiandad, en convertir «ya se trate de los anglosajones o de los lombardos» si no es para desempeñar mejor su papel de pastor a quien el Cristo del Juicio final pedirá constantemente cuentas de su rebaño. Los modelos que propone en su obra de edificación espiritual son san Benito, es decir, la renuncia monástica, y Job, es decir, la renuncia integral y la resignación. «¿Para qué continuar recolectando cuando el que recolecta va a desaparecer? Que cada quien eche un vistazo al curso de su vida y verá con qué poco le basta.» Las palabras del pontífice que tanta influencia iba a ejercer son también una apertura a la Edad Media, tiempo de desprecio del mundo y de desvinculación de la Tierra.

En cada renacimiento medieval el clero manifiesta, más que la nostalgia de la vuelta a lo antiguo, el sentimiento de haberse convertido en otro, de ha-

ber cambiado. Por lo demás, ni siquiera les pasa seriamente por la imaginación volver a los tiempos de Roma. Cuando sueñan con un retorno es con el que les conduciría al seno de Abraham, al paraíso terrestre, a la casa del Padre. Para ellos, traer de nuevo Roma a esta tierra es simplemente restaurarla, transferirla: *translatiō imperii*, *translatiō studii*. Es conveniente que el poder y la ciencia que a comienzos de la Edad Media residían en Roma se trasladen a nuevas sedes, como se trasladaron antaño de Babilonia a Atenas y después a Roma. Renacer es partir de nuevo y no volver. La primera de esas nuevas partidas se produjo en tiempos carolingios, a finales del siglo VIII.